

EL MISTERIO DE LA LUZ, DEL COLOR Y DE LA CONCIENCIA

“Dios es luz”, dice la Biblia. Es imposible concebir un símil más exacto de Su omnipotencia y de Su modo de manifestarse. Incluso los más potentes telescopios han fracasado en su propósito de alcanzar los límites de la luz, a pesar de descubrir permanentemente estrellas que están a millones de kilómetros de la Tierra. Ante ello, podríamos preguntarnos como el salmista del pasado: “¿Dónde me esconderé de Tu Espíritu? ¿Adónde huiré de Tu presencia? Si asciendo a lo alto de los cielos, allí estás Tú. Si preparo mi lecho en la tumba, allí te encuentras. Si, en alas de la aurora, voy a habitar en lo más alejado del mar, también allí me conducirá Tu mano y Tu diestra me sostendrá.”

Cuando, en la alborada del ser, Dios Padre emitió la Palabra y el Espíritu Santo gravitó sobre el homogéneo mar de la Materia Virginal, la oscuridad se hizo Luz. Ésta es, por tanto, la primera manifestación de la Deidad. Y un estudio de los principios de la luz revelará a la intuición mística una maravillosa fuente de inspiración espiritual. Pero no entraremos ahora a elucidar el tema, sino que sólo daremos una idea elemental sobre el modo cómo la vida proporciona energía a la forma humana y la estimula para la acción.

Verdaderamente, Dios es uno e indivisible. Incluye dentro de Su ser todo lo que es, del mismo modo que un rayo de luz encierra todos los colores. Pero aparece trino en su manifestación, lo mismo que la luz blanca se difracta en los tres colores primarios: azul, amarillo y rojo. Dondequiera que veamos estos colores, serán el emblema del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Estos tres rayos primarios de la vida divina irradian del Sol y producen Vida, Conciencia y Forma sobre todos y cada uno de los Siete Portadores de la Luz, los Planetas, conocidos como “los Siete Espíritus ante el Trono”. Sus nombres son: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno y Urano. La teoría o Ley de Bode señala que Neptuno no pertenece a nuestro sistema solar, y remito al

lector a la obra “Astrología científica simplificada”, escrita por el autor del presente trabajo, en la que encontrará la demostración matemática de tal afirmación.

Cada uno de los siete planetas recibe la luz del Sol en diferente proporción, debido a su mayor o menor proximidad al sol central y a la distinta composición de su atmósfera. Del mismo modo, los seres de cada uno de ellos, según su constitución, manifiestan mayor o menor afinidad por alguno o algunos de los rayos solares. Absorben el o los colores que les son afines y reflejan el resto sobre los otros planetas. Y estos rayos reflejados llevan en sí, inevitablemente, la vibración de la naturaleza misma de los seres con los que han estado en contacto.

De este modo, la Luz y la Vida divinas van a cada uno de los planetas, bien directamente, desde el Sol, bien reflejadas por sus otros seis hermanos. Del mismo modo, pues, que la brisa del verano, tras cruzar los campos en flor, lleva en sus silenciosas e invisibles alas la fragancia resultante de multitud de flores, con las influencias sutiles del jardín de Dios nos llegan, fundidos, los impulsos de todos los espíritus que en él habitan. Y, en esa luz multicolor, vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser.

Los rayos que nos llegan directamente desde sol producen iluminación espiritual. Los reflejados desde los demás planetas, dan lugar al aumento de la conciencia y al desarrollo moral. Y los provenientes de la Luna, son los responsables del crecimiento físico.

Y, así como cada planeta sólo puede absorber una cantidad determinada de uno o más colores, según el estadio general de su evolución, cada ser de la Tierra - mineral, vegetal, animal o humano - puede asimilar y nutrirse únicamente con una determinada dosis de los diversos rayos proyectados sobre ella. Los demás no le afectan, ni le producen ninguna sensación, del mismo modo que el ciego no tiene conciencia de la luz y del color que le rodean por doquier. Cada ser, pues, es afectado de modo diferente por los rayos estelares. Por eso la Astrología es una ciencia fundamental de la naturaleza, de enorme trascendencia para la elevación espiritual.

En los signos místicos de un horóscopo podemos descubrir nuestras propias fortalezas y debilidades, así como los medios más convenientes a nuestro desarrollo; o ver las características espirituales de

los amigos que acuden a nuestro lado como hijos, y las tendencias en ellos latentes. De ese modo, sabremos cómo cumplir con nuestro deber de padres, saliendo al paso del mal antes de que se manifieste, y alimentando el bien, a fin de estimular y cultivar las tendencias espirituales de las almas confiadas a nuestro cuidado.

El niño es un misterio, pues sólo podemos conocer sus tendencias a medida que, lentamente, van convirtiéndose en características. Un horóscopo levantado con arreglo a la hora de nacimiento, en forma científica, indica las tendencias hacia el bien o hacia el mal que cada niño trae. Y, si un padre se toma la molestia que supone el estudiar la ciencia de las estrellas, puede prestar, al ser que le ha sido confiado, un servicio inestimable, ya que le permite fomentar y robustecer las tendencias hacia bien y reprimir las malas inclinaciones, antes de que cristalicen y se conviertan en costumbres.

* * *